

extraordinaria para que no cayera de improviso el golpe de Estado sobre la nación, y se dirigían á los militares, confraternizando con ellos y exigiéndoles que no dispararan sobre las muchedumbres. A la verdad estos medios daban sus naturales resultados. Una compañía de artilleros se presentó el 10 de Julio ante los revolucionarios del Palacio Real á brindar por la nación soberana. Una cena improvisaron los ciudadanos del barrio aquel en las alamedas de los Campos Elíseos al aire libre, y se asentaron en las mesas dragones, húsares, soldados de á pie y de á caballo, representando toda la guarnición. La despedida de Necker fué como la tea caída sobre tantas haces de una hoguera que debía incendiar á toda la nación. Los acuerdos del Parlamento correspondieron á la general opinión del público. El día 12 de Julio había caído la que podríamos llamar en el dialecto político ahora corriente, la situación liberal, y el 13 reunídose muy alarmado el Congreso, resuelto ya por responder con supremas decisiones al traidor acto del Palacio y al justo sentimiento del pueblo. La despedida y destierro de Necker, súbitamente reconstituido en la vieja popularidad suya por el recién experimentado golpe; las protestas del sentimiento universal, muy expuesto al furor ante las bocas del abismo abierto entre la nación y la corona por esta palaciega conjura; las noticias extendidas en todas partes de que los ciudadanos de París y Versalles corren al combate; la división manifiesta entre los regimientos franceses, fieles á las Cortes, y los regimientos extranjeros, fieles á la Corte; los buenos patriotas ya inmolados; el rayo de la discordia civil hiriendo los aires y el disparo de fusilería oficial ensangrentando las calles; todas cuantas cosas se ven y se temen y se presagian, todas infunden al Parlamento un calor intenso, para que los ejércitos exterminadores se vayan de las dos capitales, y los ciudadanos obtengan la seguridad á que tiene derecho su acendrado patriotismo, como debe hacer, porque á ella le incumbe, la corona. Muchos aristócratas, queriendo evitar al Rey estas amargas y divertir al Parlamento de toda complicidad con las revueltas, propónenle que discuta la Constitución, como si pudiese levantarse un edificio sobre un terremoto; y otros aristócratas que se limite á expresar en acta el dolor causado por la despedida del Ministerio y la necesidad urgente de que vuelva, como si paliativos tan baladíes no exacerbaban el mal en lugar de remediarlo. Un cura, el célebre abate Gregoire, patentiza las maniobras, así de los cortesanos como de los Reyes, contra todos los derechos; y un obispo quiere cerrar su boca, recordándole con acritud su carácter sagrado y su ministerio sacerdotal. La muerte de un solo ciudadano en las calles, clama otro sacerdote desde la tribuna, debe considerarse como una grande calamidad para todos. Y en medio de tales discusiones llegan terribles noticias: que se han reunido las Asambleas primarias de los electores para formular inapelables protestas, que suman diez mil hombres las muchedumbres aglomeradas en torno del Palacio Real en París; que las mujeres van como locas por las calles, lanzando gritos de horror al presentimiento de una matanza; que se han cerrado los varios espectáculos de regocijo y se han abierto los

tristes hospitales de sangre; que la guarnición parisién formada por franceses hállese con Francia y la guarnición formada por extranjeros contra Francia; que los tambores suenan á generala y los campanarios tocan á rebato y las casas sufren saqueos y las calles retiemblan bajo el peso de los cañones y la sangre corre y la revolución truena. El Congreso constituyente se declara en permanencia y mal de su grado convienen patricios y curas con plebeyos en que vaya otra diputación al Rey, exponiéndole todos los horrores de las circunstancias y demandándole con prontitud el alejamiento de los promovedores ejércitos. El Rey, más animado por creer seguras la victoria del palacio y la rota del pueblo, defiende la permanencia de los soldados y critica las igitaciones de los parisienses. Vuelta la comisión al Congreso, entran muy resentidos los diputados por las increíbles palabras del Rey, que, una vez conocidas, le sugieren é inspiran las declaraciones siguientes; Necker y sus compañeros de ministerio tienen todas sus simpatías y los dejan en duelo por su separación y alejamiento del poder; la presencia de tropas en Versalles y París es un atentado á la indudable autoridad parlamentaria, é insisten sobre la demanda de su apartamiento y sobre su reemplazo por la milicia nacional; la responsabilidad tremenda de todo cuanto dispongan los ministros y sus agentes contrario al poder del Congreso y á la libertad del ciudadano costaráles tarde ó temprano un tremendo castigo; los cortesanos, deberán entender cómo la sangre vertida gotea sobre sus cabezas y las catástrofes experimentadas ruedan sobre sus espaldas; el presupuesto y la deuda siguen so el amparo de la Asamblea que proclama nuevamente la soberanía nacional. Las leyes, pues, ibanse con la revolución. Las muchedumbres corrian por impulso misterioso á tomar la fortaleza del despotismo.

La Bastilla era como la petrificación gigantesca del antiguo absolutismo. Tomarla equivalía en el fondo á tomar la realeza. Su cúspide aérea, ligerísima, brillante, frágil, estaba en ese Versalles de ayer; la base verdadera estaba en el negruzco granito y en el férreo armazón de la terrible fortaleza. Tomándola el pueblo, creía tomar los palacios de de Nínive y Babilonia, las ergástulas de Espartaco, la hoguera de Juan Huss y Jerónimo de Praga, el tormento de Vanini, la inquisición de Giordano Bruno, el tribunal que había herido á Galileo, los cónclaves de sombras que negaran la carrera y movimiento del planeta, los suplicios en que habían padecido y muerto desde Sócrates hasta Jesucristo, los fuertes y seguros de la vieja tiranía. Así, hoy mismo, no sabemos quién ha movido, quién ha irritado á todas esas muchedumbres para que fuesen á exterminar el monstruo. En esta escena de la historia moderna, el protagonista es el pueblo, como en ciertas escenas de la tragedia helénica el protagonista es el coro. Parece que las almas de los grandes forjadores del derecho vuelan por los aires como esos ángeles airados, puestos allá en lo alto para excitar á los suyos por los pintores religiosos de las antiguas batallas bíblicas. El pueblo desemboca por todas partes con sus tambores resonantes y con sus trompetas estridentes como las trompetas de Jericó y con sus selvas de picas y con sus

cañones y sus mosquetes y sus carabinas y sus armas de todos tamaños y de todos calibres, sin Jefes, sin consigna, sin plan, sin táctica, como si á la triste absorbente unidad antigua sucediera esta variedad infinita, que raya en la anarquía y que sólo pueden juntarse y sostener por esa fuerza viva de atracción que llamamos el poder de las ideas. Así es que uno de los dictadores improvisados de aquel pueblo en delirio, el elector Thourior, corre á ver al comandante de la Bastilla y le muestra á París entero irritado que se acerca como pavorosa inundación, y le obliga con empeño á escuchar el clamor de la multitud semejantes al clamor de las muchedumbres atenienses derribando muertas de espanto las aves del cielo sobre las tierras de Grecia. Hay en aquel rumor de la muchedumbre subvertida mucho de sublime como en los rumores de la mar encrespada. Pero Launay, el gobernador de la Bastilla, es un hombre de esos que llevan la fidelidad á su causa, por vencida que se halle, hasta el martirio. Para él no existe más religión que la ordenanza, ni más Dios que la consigna, ni más religión que el cumplimiento estricto de su deber; y tiene la resolución de cumplirlo y sostener á la Bastilla como las figuras de hierro, cuyos hombres encadenados sostienen el reloj sombrío que ha contado con su minuterero en su horario tantas angustias y tantas lágrimas y tantas agonías sobre el patio mayor de la colosal fortaleza. No, la Historia no puede pasar entre hombres así, que se levantan sobre las ruinas, sin saludarlos como á los últimos troadas que murieron abrazados á las ruinas de Troya; como á los últimos judíos que cayeron entre los escombros de Jerusalén; como á los últimos paganos, que, mientras los bárbaros celebraban las primeras procesiones cristianas entre los escombros del Foro y del Capitolio, tendían las suplicantes manos, vestidos con las antiguas túnicas y coronaban de mirtos y verbenas, los vencidos dioses de su raza y de su patria. Launay está decidido; tiene una mecha en la mano y se asienta junto al polvorín para saltar con toda la Bastilla, y si es preciso con París entero. Más ¡ah! que no puede gloriarse de justificar esta extremidad con resistencias heroicas que le motiven. Unos cuantos inválidos; algún que otro suizo; para un solo día viveres; ninguna esperanza en auxilio y socorro de fuerza; por todas partes amenazas y asaltos; en el pecho la desesperación; he aquí su estado. Y mientras tanto el empuje de fuerzas crecientes; el pueblo porfiadísimo; las descargas cerradas; los cañonazos continuos; cuatro y más horas de batalla, el herido que se arrastra en la agonía, invocando la libertad; los moribundos diciendo á los suyos que vayan á buscar una muerte semejante á su muerte sublime; los cadáveres recogidos y llevados en triunfo, las mil campanas de París descargando terror en el ambiente; los varios rumores de la batalla retronando como si en cada giro de tal atmósfera hubiese una tormenta y en cada piedra del suelo un terremoto; el clamor general subiendo con las espirales del humo y las llamaradas del incendio en tal suerte, que todo París, la ciudad revolucionaria ya, parece un terrible infierno.

No podemos hoy, en la serenidad que nos presta nuestro inviolable hogar y nuestro



Lit. - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

UN MOTÍN POPULAR EN EL PARÍS DE LA REVOLUCIÓN

CAPITULO ALFONSO

respetado derecho, pasar por el caso de aquellos que han salido desde una horrible servidumbre á una vívida libertad. Así, no podemos comprender el heroísmo colectivo que tuvo el pueblo de París, tomado por la borrachera de los grandes ideales, para dirigirse á la Bastilla en armas y rendirla tras un golpe tumultuoso y una consiguiente resistencia. El imposible vencido fué aquello; vencido por una ráfaga que había pasado por la vida como pasan la tromba ó el ciclón por la mar. Los ojos relampagueaban; vibraban los labios; ascendían en mares crecientes las pasiones; y no dirigía nadie todo aquel movimiento de los espíritus empujados á la revolución por un espíritu misterioso en esta providencial hora del eterno tiempo. Todo fué temerario; porque todo fué inspirado. Había en el monstruoso fuerte aquel tanta pólvora, que no solamente pudo saltar la formidable Bastilla, pudo saltar París entero á los materiales de la resistencia desesperada metidos en sus bodegas oscuras y en sus covachones infernados. La fortaleza tenía tanta piedra que semejaba un monte. Y se cumplieron las palabras del Evangelio: supo la fe de un pueblo levantar los montes del suelo. No quedó en París nadie sin cooperación material ó moral en el alzamiento. Así, la idea de aquel asalto, cerniéndose invisible sobre todos, parecía una epidemia, y por pegarse á todos, un verdadero contagio. No se pusieron dos franceses de acuerdo uno con otro la noche precedente al estallido, y unánimes concordaron en el mismo intento; no tenían quien les dirigiera ni mandara y todós obedecían á un genio invisible; rompían las ordenanzas y se sujetaban á una disciplina que no les habían impuesto, ni siquiera notificado. Seres predestinados en providenciales designios á renovar el mundo, creíanse impulsados y movidos al aniquilamiento de aquellos colosos del despotismo, como si misterioso contaminador miasma lo enloqueciese y arrastrase hacia el cumplimiento de su fin. Así extrajeron la pólvora del Arsenal y de los Inválidos las armas. El defensor lo tenía todo preparado para su defensa y en disposición, primero de combatir al pueblo, luego de arrasar á París. A las dos de una hermosa mañana de Julio, teñida ya por matutino albor, mientras ponía en fila sus cañones y hasta la boca los cargaba el estóico defensor, sumergiase con enagenamiento en la consideración de que aquel colectivo equivalía también á un colectivo suicidio: tan seguro estaría de que marraría sin remedio. Patios, murallas, bastiones, ladroneas, ingreso en los puentes levadizos, fosos, almenas, torres, aspilleras; todo estaba henchido de amontonados combustibles y coronado de artillería, cargada hasta reventar, y sin embargo la marea que se acercaba, tenía fuerza bastante para introducir elementos suyos como el oleaje rocía la nave que lo supera y domina. Varios jóvenes exaltados pasaron y pidieron que se retiraran los cañones: el gobernador los oyó y no les hizo caso. Pero aquel Etna engendró sus titanes. Uno de esos gigantes, que abortan las revoluciones, surgió en este creador instante, parecido á la pesadilla del sueño, que os desasosiega por la noche y á la mañana siguiente se disipa. El gobernador lo detiene, y el titán marcha, lo conjura con fórmulas terribles de mando y el titán sigue su temeraria vía. Nada